

SUMARIO

Objetivos de la Jornada Pro Orantibus	5
Presentación de la Jornada.....	6
Los contemplativos en la Iglesia y en el mundo	9
Testimonios	12

OBJETIVOS DE LA JORNADA “PRO ORANTIBUS”

1. Orar a favor de los consagrados y consagradas en la vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan, y el rico patrimonio espiritual de sus institutos en la Iglesia.
2. Dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia y para el mundo.
3. Promover iniciativas pastorales dirigidas a incentivar la vida de oración y la dimensión contemplativa en las Iglesias particulares, dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando en todo caso, las debidas exigencias y las leyes de la clausura.

PRESENTACIÓN DE LA JORNADA

«*Contempladlo y quedaréis radiantes*» (Sal 34, 6) **La contemplación, luz de la nueva evangelización**

El domingo, 3 de junio, celebramos la «solemnidad de la santísima e indivisa Trinidad, en la que confesamos y veneramos al único Dios en la Trinidad de personas, y la Trinidad de personas en la unidad de Dios» (elog. del *Martirologio Romano*). En esa solemnidad celebramos también la Jornada *Pro Orantibus*. Es un día para que valoremos y agradecemos la vida de los monjes y monjas, que se consagran enteramente a Dios por la oración, el trabajo, la penitencia y el silencio. Toda la Iglesia debe orar al Señor por esta vocación tan especial y necesaria, despertando el interés vocacional por la vida consagrada contemplativa.

La exhortación apostólica del beato Juan Pablo II, *Vita consecrata*, en el número 8, describe así la naturaleza y finalidad de la vida consagrada contemplativa: «Los Institutos orientados completamente a la contemplación, formados por mujeres o por hombres, son para la Iglesia un motivo de gloria y una fuente de gracias celestiales. Con su vida y misión, sus miembros imitan a Cristo orando en el monte, testimonian el señorío de Dios sobre la historia y anticipan la gloria futura. En la soledad y el silencio, mediante la escucha de la Palabra de Dios, el ejercicio del culto divino, la ascesis personal, la oración, la mortificación y la comunión en el amor fraternal, orientan toda su vida y actividad a la contemplación de Dios. Ofrecen así a la comunidad eclesial un singular testimonio del amor de la Iglesia por su Señor y contribuyen, con una misteriosa fecundidad apostólica, al crecimiento del Pueblo de Dios» (VC 8).

El lema de este año es: “*Contempladlo y quedaréis radiantes*” (Sal 34, 6). En la vida de los monjes y monjas se cumple lo que anuncia el salmista. La vida contemplativa es epifanía, en la que podemos contemplar el rostro de Cristo, como Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor (cf. Mt 17, 1-13). La contemplación llena de belleza a los orantes e inundá de hermosura el ambiente que envuelve al que ora: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías» (Mt 17, 4).

Los contemplativos, como los místicos, se asoman al misterio de Dios, atisban sus maravillas, gozan de sus confidencias, saborean su intimidad. Las personas contemplativas están llamadas a irradiar a Cristo, que es la luz del mundo (cf. *Jn* 8, 12). La **persona** misma de Cristo es luz: «Él es imagen del Dios invisible» (*Col* 1, 15), «reflejo de su gloria e impronta de su ser» (*Hb* 1, 3). Cristo es una viva transparencia del Padre: «Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí» (*Jn* 14, 10). Las **obras** de Jesús, especialmente sus milagros, manifiestan la luz, anuncian al pueblo que el Reino de Dios ha llegado ya (cfr. *Lc* 11, 20). Toda la vida de Jesús -su nacimiento, su muerte y resurrección, su ascensión y la venida del Espíritu Santo-, está marcada por los signos de la luz. Las **palabras** de Cristo son luz: nos abren los secretos del Padre; proclaman la salvación; trazan el camino hacia la vida; nos llaman a la conversión y a la fe, porque ha llegado el Reino (cf. *Mc* 1, 15). Son palabras que invitan a la serenidad del alma y producen la alegría del corazón.

Los monjes y monjas, a través de la contemplación, entran en contacto con la luz de Cristo. La oración les hace particularmente transparentes a Dios. Un contemplativo que sube a Dios por la oración, baja luego del monte, como Moisés, con la piel de su rostro radiante por haber hablado con Él (cf. *Ex* 34,29). El alma elevada a Dios es iluminada con su luz inefable, dice san Juan Crisóstomo; puede entregar a los demás lo contemplado (*contemplata aliis tradere*), escribe santo Tomás de Aquino. Quien ora bien dice siempre palabras sencillas y claras, como participando de la transparencia de Dios.

La contemplación es luz de la nueva evangelización. Los contemplativos evangelizan con lo que “son”, más que con lo que “hacen”. Su propia vocación y consagración son ya instrumento de evangelización. Lo más esencial de la nueva evangelización de los monjes y monjas es mostrar a los demás la belleza de la misma contemplación. Las personas contemplativas nos ayudan a experimentar el misterio insonidable de Dios, que es amor; el contemplativo puede excluir: «Que bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche» (san Juan de la Cruz).

El papa Benedicto XVI, en el Encuentro organizado por el Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, *Nuevos Evangelizadores para la Nueva Evangelización*, dirigiéndose a los participantes, les decía que

«el mundo de hoy necesita personas que hablen *a* Dios para poder hablar *de* Dios [...] Solo a través de hombres y mujeres modelados por la presencia de Dios, la Palabra de Dios continuará su camino en el mundo dando sus frutos» (16.10.2011).

El mensaje esencial de los contemplativos se resume en la frase de santa Teresa de Jesús: «Solo Dios basta». Mientras peregrinamos por este mundo entre luces y sombras, las personas contemplativas nos recuerdan que también hoy Dios es lo único necesario, que hay que buscar primero el Reino de Dios, que la vida nueva en el Espíritu preanuncia la consumación de los bienes invisibles y futuros.

En la Jornada *Pro Orantibus* damos gracias a Dios por el don de la vida consagrada contemplativa, que tanto embellece el rostro de Cristo, que resplandece en su Iglesia.

✠ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

COLABORACIÓN

LOS CONTEMPLATIVOS EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Compartiendo la luz de una vida contemplativa

En la Luz de Dios

*El contemplativo lleva consigo «los años eternos» (cf. *Sal* 76, 6). En Dios, en Quien los abarca, esos años son «como un día» (2 *Pe* 3, 8). Sobre ellos extiende la propia mirada de Dios, y en ella capta la Luz y el Amor que han sido derramados sobre los seres y los hombres que los han habitado.

*Tal vez sin percibirlo del todo, el contemplativo conserva la memoria de la condición originaria de este hombre: ser para Dios; condición nunca perdida aunque muchas veces olvidada. Él mismo –el hombre– es memoria de Dios, de quien es imagen y de cuyo ser participa. Hombre semidivino, espíritu encarnado, que vive en proyección hacia Dios y hacia el mundo, aunque a veces desequilibra esa tensión.

*La vida del contemplativo enseña a los hombres a mirar por encima de sí mismos y más allá de sí mismos; es entonces cuando se encuentran a sí mismos. Solo saliendo de sí vuelven a sí cuando se encuentran en Dios, porque Él es su espacio natural. En todo hombre actúa esta llamada primordial, en torno a la cual se anudan todas las demás. Manteniendo viva en el mundo esta presencia de Dios, el contemplativo colabora decisivamente a poner al hombre en presencia de sí.

*En su aparente inacción, los contemplativos tienen la misión de devolver al mundo y al hombre su verdadera dirección, la que ellos mismos eligieron al optar por “la mejor parte”, que lo es por ser la más acorde con la dimensión original impresa para siempre en el hombre. Opción no reservada a algunos, sino ofrecida a todos.

*Es propio de los contemplativos avizorar toda realidad a la luz de Dios. Ellos practican una *lectio divina* que lee a esa luz tanto los hechos y las palabras divinas como las acciones humanas, sabiendo que estas pertenecen a la historia de Dios en el hombre.

Poner al mundo en oración

*Es necesario suprir el silencio mudo de los corazones con el silencio vibrante de los que oran sin descanso. Es preciso llenar los espacios

que han quedado vacíos de la memoria de Dios con el murmullo incesante de las voces que cantan o musitan la gloria de ese Dios eterno; rodear el mundo de una *laus perennis*, de una atmósfera de alabanza, de bendición y de gloria del Señor, de manera que *no cese la alabanza que procede de nuestras bocas* (cf. *Jdt 13, 25*), y todos perciban que *los cielos y la tierra están llenos de la majestad de su gloria* (*Himno Te Deum*).

*De ellos debe partir el estímulo para incorporar a esa alabanza la totalidad del Cuerpo místico, así como al conjunto de las criaturas celestes, terrestres y cósmicas, que entonan su propio cántico y que esperan nuestra invitación para componer con nosotros un himno único.

*Es tarea esencial de los contemplativos la adoración, y es misión de los adoradores poner el corazón del mundo y de los hombres a los pies de Dios. Ellos realizan en su nombre la función para la que fueron creados: la glorificación de Dios, al mismo tiempo que les incorporan a esta tarea uniéndoles a la misma celebración de su gloria. De esa manera todos los seres, en cualquier lugar del espacio o del tiempo, pasado o futuro, se elevan hacia Él cantando el Amor, la Sabiduría y la Gloria que contemplan en Él.

Cercanía al hombre

*En el contemplativo se cumplen naturalmente las palabras de la Escritura: «este es el que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa» (2 *Mac 15, 14*). Pertenece a su vocación el hacerse presentes a la Iglesia y al mundo para sostener, mediante la intercesión, el peso de su marcha: las pruebas, el dolor, los esfuerzos, las indigencias y, también, los logros de cada hombre.

*Su oración y su mediación los hace centinelas de la ciudad de Dios, custodios de la ciudad humana, protectores de los hombres. Ellos son, con los restantes justos y orantes, los responsables del mundo ante Dios frente a todo lo que es enemigo del hombre, esos múltiples y «siniestros mensajeros» (cf. *Sal 77*) que actúan como sus antagonistas. Su *potentia amandi et orandi* –capacidad de amor y de súplica– es la energía más irresistible, que opera en el mundo a favor del mismo.

*Los contemplativos son los hombres y las mujeres del *ora et labo- ra*. Es la doble dimensión que ellos ponen en práctica, no por marcar

una singularidad dentro de la sociedad humana, sino porque esa modalidad representa el rasgo peculiar del hombre salido de las manos del Creador. Ellos han introducido en occidente la civilización del trabajo. Pero han armonizado el espíritu contemplativo y la actividad creadora, la sabiduría y el conocimiento, el misterio y la ciencia, el *logos* y la *praxis*.

*El sello dejado por los monjes en Europa es representativo de la eficacia histórica con que los contemplativos son capaces de marcar la sociedad. Lo cual acredita también que un mundo orientado hacia Dios, centrado en Él, no sería un mundo menos fecundo sino, por el contrario, estaría dotado de un dinamismo más equilibrado, capaz de una acción más poderosa, en el que el mandato de crecer, multiplicarse y enseñorear la tierra tendría posibilidades inéditas.

Evangelización

*Los contemplativos no necesitan recorrer los caminos del mundo, como los misioneros y los apóstoles. Ellos son omnipresentes al mundo. El mundo está presente a ellos al modo como lo estuvo en la visión de san Benito, compendiado en un haz de luz: «contemplad a Dios y quedaréis radiantes»; contemplad a Dios e irradiaréis a Dios. En ellos se exemplifica el mensaje del Evangelio: lo encarnan en su vida. Esta irradiación, que procedía de los monasterios, fue el secreto y el instrumento de la primera evangelización de Europa. Los europeos aprendieron de ellos la orientación de su vida y de su cultura hacia Dios. Ambas prendieron en ellos con unas raíces que han perdurado hasta nuestros tiempos.

*Desde el silencio, los contemplativos son palabra de verdad y de luz para el mundo. Como los rosetones y vidrieras de las iglesias, a través de ellos penetra en el mundo la Luz de Cristo.

*En ellos estuvo y está el fermento de la vieja y nueva evangelización. Mediante ella será posible también una nueva civilización: no la que se limite a transformar el medio natural, sino la que cambie el corazón y los horizontes del hombre. El resto se les dará por añadidura.

Anselmo Álvarez, OSB
Abadía benedictina
de la Santa Cruz del Valle de los Caídos

TESTIMONIOS

TESTIMONIO DE UNA MONJA CLARISA

«Te considero colaboradora del mismo Dios y sostenedora de los de los miembros vacilantes de su Cuerpo inefable»

(3 carta de Sta. Clara a Inés de Praga) (cf. 1 Cor 3, 9)

Inicio mi testimonio con estas palabras de nuestra Madre santa Clara, pues han sido y son siempre para nuestra vida de contemplativas luz de evangelización. Una vida si es verdaderamente contemplativa no puede quedar reducida a unos muros austeros, sino que desde estos descubrimos, anunciamos y testificamos la presencia de Dios entre los hombres de hoy y de cada generación. Una vida contemplativa, llena del vigor de la juventud, busca y desea ser sostenedora de nuestra Madre la Iglesia desde la vivencia del Evangelio. Nuestra vida contemplativa está fundada, cimentada en la palabra de Jesús, y desde el silencio del claustro lleva su mensaje a los lugares más recónditos de la tierra. Allí donde existe un dolor, un pesar, una soledad... llega la oración y el sacrificio de quienes hemos sido llamadas y consagradas por Dios para ser sostenedoras de los miembros más débiles.

Las contemplativas del siglo XXI, en esta realidad social y eclesial en la que vivimos, tenemos una tarea que llevar a cabo. Cada una con nuestra edad, con nuestra historia personal... Las jóvenes con nuestra vitalidad y creatividad, las de edad más avanzada con su experiencia de Dios y de vida consagrada... Todas y cada una hemos sido llamadas por Dios y Él nos ha confiado una misión -me atrevo a decir que imprescindible en la vida de la Iglesia-: testimoniar al mundo lo que hemos profesado por nuestra peculiar vocación.

En nuestra vida de clarisas profesamos "vivir la perfección del santo Evangelio"; contemplamos al Señor para irradiar con nuestra vida la alegría de una entrega. Esta es la labor evangelizadora que llena nuestra existencia: vivir la Palabra, hacer vida a Cristo siendo de este modo "Evangelio vivo" para la Iglesia y para toda la humanidad. Contemplando a Cristo somos alcanzadas por su luz, y desde nuestra particular vocación contemplativa nos asociamos, por la oración y el testimonio de una vida evangélica, al anuncio de Jesucristo en esta hora de la nueva evangelización.

Para vivir mi vocación y misión sigo la invitación de nuestra Madre santa Clara: «mira al Espejo», que no es otro que Cristo, pobre y crucificado. De este modo, poco a poco, mi vida va siendo configurada con Cristo-Esposo. Para una clarisa este es el punto de partida y la meta, pues «Dios y solo Dios es el origen de nuestra peculiar vocación contemplativa» (C.C.G.G. 56). Este es el secreto de los 800 años de vida desde la consagración de nuestra Madre Sta. Clara (1212).

¡Grande es nuestra vocación! Deseamos y buscamos vivirla «con andar apresurado, con paso ligero» pues nunca se apagará la Palabra, que es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero.

Una clarisa
La Laguna-Tenerife

TESTIMONIO DE UNA MONJA DOMINICA

Contemplar y dar de lo contemplado

Se nos ha invitado, con motivo de la Jornada *Pro Orantibus*, a compartir nuestra experiencia de monjas dominicas, contemplativas de la luz de Dios.

En cuanto conocimos el lema de la Jornada “*Contempladlo y quedareís radiantes*” (*Sal 34, 6*) *La contemplación, luz de la nueva evangeliización*, emergió en la memoria el lema de nuestra Orden: “Contemplar y dar de lo contemplado”. Comprobar así, una vez más, la actualidad de un carisma en la Iglesia, es causa de alegría y de esperanza.

Contemplar a Cristo, *Lux mundi*, es connatural para una vocación como la nuestra. Las dominicas nacimos de una inspiración del Espíritu Santo en el alma del santo castellano Domingo de Guzmán. Santo Domingo conoció providencialmente en el sur de Francia cómo se extendían las tinieblas de la herejía extraviándose las almas en aquellas tierras. Él, que conocía a Jesucristo, luz del mundo, se sintió movido a convertirse en su antorcha en medio de los hombres, a través de la palabra y del ejemplo de una vida evangélica.

Con la genial intuición de los santos, Domingo comprendió que en las empresas de Dios es Dios mismo el verdadero protagonista y a quien se le debe poner siempre en la vanguardia de toda evangeliza-

ción; por ello fundó primero a las monjas “predicadoras”, dedicadas exclusivamente a la oración y la penitencia como apoyo imprescindible de la “santa predicación”. Una vez que aseguró el “ministerio de la oración” fundó a los hermanos como ministros de la Palabra. *Contempladlo y quedaréis radiantes* es precisamente la esencia de nuestra vocación: mientras las monjas contemplamos a Cristo, el mismo Cristo es irradiado por nuestros hermanos predicadores mediante el anuncio constante del santo Evangelio.

Nuestra misión en la Orden, en la Iglesia y en el mundo es recordar a todos la primacía de Dios, buscándole en el silencio, pensando en Él e invocándole, de tal modo que la Palabra que sale de su boca no vuelva vacía, sino que prospere en el corazón de aquellos a quienes es enviada. Prolongar en el tiempo el sacrificio de alabanza *como incienso en su presencia* es igualmente misión, junto con el dar testimonio de la reconciliación universal en Cristo por la comunión fraterna.

La dominica habla a Dios de los hombres por la oración de intercesión y la expiación de la ofrenda generosa; y habla a los hombres de Dios con el testimonio de una vida abnegada y escondida por amor. El Espíritu Santo urge al contemplativo a vivir vuelto hacia el rostro de Dios como pecador que implora perdón y misericordia en nombre propio y en el de una humanidad caída que necesita redención. Este fue el gemido del alma de santo Domingo que muchos le oyeron gritar ante Cristo Crucificado: «¡Señor, qué será de los pobres pecadores!» Todos los hombres tenían un lugar en el sagrario íntimo de su compasión.

Ante el gran reto de la *nueva evangelización*, como miembros de un Cuerpo vivo, nos sentimos responsables de la suerte de tantos cristianos que han perdido la fe, y de tantos hombres y mujeres que no creen. Poderoso es Dios para hacer resplandecer la gloria de Cristo resucitado en el rostro de la Iglesia orante, y convertirla en un signo elocuente de su presencia en el mundo, así como de su amor personal por cada ser humano.

Nos sentimos afortunadas de haber recibido gratuitamente esta preciosa vocación, y de pertenecer al admirable cuerpo de familias religiosas que han sido llamadas a encarnar y prolongar en la Iglesia a Jesucristo orante en el monte de la Transfiguración, y quedar así iluminados con la luz que emana de su Persona en la unión con el Padre.

Esta contemplación es alegría de amor, y deseamos que esta alegría de nuestro corazón, nacida de la contemplación del amor que Dios nos ha manifestado en su Hijo Jesucristo, llegue y alcance a todos, hasta lograr que en nuestro mundo se haga realidad la confesión del salmista: «el amor de Dios llena la tierra» (cf. *Sal 33, 5*).

Agradecemos a la Iglesia la oración por esta porción de sus hijos. La necesitamos como Moisés necesitó el apoyo de sus hermanos para permanecer en intercesión orante con los brazos extendidos entre el cielo y la tierra. Llevamos el tesoro de nuestra vocación en frágiles vasijas de barro, pero «el gozo en el Señor es nuestra fortaleza» (cf. *Neh 8, 10*).

Desde este lugar de luminoso ocultamiento proclamamos nuestro humilde testimonio: «Contemplad a Cristo y su santo Evangelio; quedaréis radiantes con su luz, que disipará todas las tinieblas del corazón».

Monasterio “Madre de Dios”
Dominicas contemplativas
Olmedo (Valladolid)

TESTIMONIO DE UNA MONJA CARMELITA

“Contempladlo y quedaréis radiantes” (Sal. 34, 6)
La contemplación, luz de la nueva evangelización

Para nuestra vida de carmelitas, contemplar a Jesucristo, referente único de una existencia consagrada, llena cada jornada de la mañana a la noche, y llena también las vigencias de amor que el Esposo nos concede. Sumergidas en el carisma y enraizadas en la Iglesia, recibimos el inestimable don de la fidelidad para vivir la grandeza y santidad de la herencia teresiana y el legado de tantos otros santos y santas del Carmelo.

La contemplación del rostro de Cristo nos mantiene en adoración continua para ser transparencia de su amor, no solo en los momentos de oración, sino también en el trabajo diario; nuestra vocación *en el corazón de nuestra Madre la Iglesia, es el Amor*. Y este amor que nace de la contemplación de Cristo, hace que nuestras vidas estén completamente al servicio de la Iglesia y de todos los hombres. Somos una

participación en el misterio de Cristo, y hemos respondido “sí” a su llamada. Él nos invitó a seguirle; *Él nos amó primero*, y al descubrir este *amor de predilección* hemos quedado cautivadas por la belleza de este encuentro íntimo y profundo con Él.

Cuando en nuestra juventud la vida se abría paso rodeada del cálido entorno familiar y de una prometedora proyección de futuro, abrazadas por la dulce amistad de quienes tanto nos apreciaban, albergando en el corazón aspiraciones justas y nobles, Jesucristo irrumpió con tal fuerza y delicadeza a la vez, con tal hondura y determinación, que todo, absolutamente todo, quedó superado por la sublime belleza de aquél a quien la Escritura canta como «el más hermoso de los hijos de Adán» (cf. *Sal* 45, 3). Hemos sido elegidas para entregarnos a Él con pasión, totalidad, entusiasmo y alegría. «Dios nos eligió en Cristo... conforme al beneplácito de su voluntad» (cf. *Ef* 1, 3-4). Y nos eligió para vivir el Evangelio con radicalidad *configurándonos con Cristo pobre, casto y obediente*, con una vida fraterna entregada a la oración y a la caridad, en una consagración personal y comunitaria al mismo tiempo.

Nos sabemos llamadas y urgidas a dar la vida en la profunda y sencilla alegría de pertenecer a Dios totalmente, conscientes de la pobreza que tenemos, pero igualmente sostenidas por el don que recibimos. Llevamos este *tesoro en vasijas de barro*; el Amor divino acontece en nuestra fragilidad humana.

Hemos sido consagradas para vivir en el coloquio esponsal con Cristo, y cultivar así una intimidad ininterrumpida, mediante la cual experimentamos que *solo Dios basta*. Llamadas desde nuestra vocación carmelitana a ser *luz de la nueva evangelización* mediante la contemplación del Señor, exhalamos el perfume de Cristo cuando quebramos por amor y generosamente el frasco de nuestro corazón, para ungir al Señor con nuestra ofrenda; así la Iglesia y el mundo se llenan del preciado perfume de la fe¹.

Ser prolongación de la Humanidad de Cristo es una gracia que recibimos postradas a los pies del Maestro. Del Evangelio mana la luz que nos conduce por el camino de la adhesión completa a Jesús, nuestro Dios y Señor, Redentor del mundo y Esposo de la Iglesia. Solo el completo enamoramiento de Cristo Jesús nos hace capaces de superar toda impotencia y limitación, toda situación y toda dificultad. Cuando

vivimos la *determinada determinación* de tener nuestro corazón anclado completamente en el mar de Jesucristo, ocupadas de *sus cosas* y de *su casa*, somos entonces testigos creíbles del Reino que anunciamos. Nos urge mantener la fuerza profética de la vocación viviendo nuestro carisma con radicalidad *provocativa*²; solo así podremos transmitir el atractivo de una vida alcanzada por el Amor y entregada para amar.

Como María Magdalena en la mañana de la Pascua, corremos al encuentro del Señor Resucitado para anunciarlo a todos los hombres con el grito silencioso de una oración incesante en intercesión permanente. Nuestros hermanos, los hombres, sabiéndolo o no, tienen hambre y sed de Dios.

Cada día la Palabra acontece entre nosotras como *la luz de nuestros pasos y la lámpara de nuestro sendero* (cf. Sal 118, 105). Ella afianza en nuestras almas la certeza de que solo Jesucristo es el Camino que nos conduce al Padre, la Verdad que nos hace libres y la Vida que nos lleva al cielo. Su luz disipa las oscuridades de cada jornada y con su fuego podemos peregrinar en la noche luminosa de la fe. Unidas a Cristo, *luz sin ocaso*, experimentamos que en toda tribulación se nos ofrece una oportunidad para madurar, asociándonos al misterio de la cruz de Nuestro Señor. Cada sufrimiento, vivido desde la oración, nos identifica con el Misterio pascual de Jesucristo muerto y resucitado; «en él está la fuente viva y a su luz vemos nuestra luz» (cf. Sal 36, 10).

El alimento del Pan vivo que es Cristo en la presencia de la Eucaristía configura la vida entera de nuestra comunidad. Es en la Eucaristía donde experimentamos a diario que el *amén* total y fiel de Jesús al Padre y a los hombres es también el nuestro a Dios y a los hermanos. En la Eucaristía nace y crece la fraternidad; en ella se consolida el misterio de comunión que se vierte en la convivencia diaria, posibilitando entre nosotras el perdón, la disculpa, la mansedumbre y la humildad para amar sin acepción de personas y sin condiciones. No podemos *presentar la ofrenda en el altar* si no se da *la reconciliación fraternal*; pero tampoco hay reconciliación verdadera si no nos nutrimos de la ofrenda de Cristo en el mismo altar. Tantas veces Él, *Cuerpo entregado y Sangre derramada*, nos susurra desde el Sagrario: *quedaos aquí, velad conmigo... velad y orad* (cf. Mt 26, 36-41). Así, en una soledad habitada por su Presencia, le ofrecemos nuestras vidas con amor y sin reserva.

Desde nuestro ser carmelitas descalzas, como *hijas de la Iglesia*, podemos testificar, ante la solemnidad de la santísima Trinidad y en esta Jornada “Pro Orantibus”, que el seguimiento evangélico del Señor, en una vida de oración-contemplación desde el carisma y espiritualidad del Carmelo, es vida plena y plenitud de alegría en alabanza a Cristo. Gracias por todos los que hoy rezan por nosotros, los contemplativos en la Iglesia llamados a ser luz en esta hora de la nueva evangelización. ¡Contemplad a Cristo y quedaréis radiantes!

Carmelitas Descalzas
Torrelavega (Cantabria)

NOTAS

¹ Cf. *Vita consecrata*, 104.

² Cf. *Vita consecrata*, 84-92.